

Comentario de Guillermina Tiramonti a la exposición de Elena Ortíz de Guevara*

Agradezco a la Secretaría esta invitación ya que creo que es necesario estimular este tipo de trabajos y que los seminarios son un espacio propicio para eso. A mí justamente me toca comentar el documento producido por la Universidad del Sur, que analiza el fenómeno de la deserción en el conjunto de las carreras que se dictan en esa institución. En relación al documento tengo, en primer lugar, algunos comentarios metodológicos, otros relacionados con el marco interpretativo desde el cual se analizan los resultados y finalmente comentarios sobre estas conclusiones.

En cuanto a los comentarios metodológicos, cabe destacar que la investigación que estamos comentando tiene como unidad de análisis dos cohortes de alumnos: la que inicia sus estudios en 1986 y la que lo hace en 1991. En el primer caso el estudio hace un seguimiento de 10 años en los cuales, a pesar de lo extenso del lapso, no todos los alumnos completan sus

estudios. Sin embargo este período es suficiente para detectar desertores que en la mayoría de los casos se producen en los primeros años de estudio. En esto no hay novedades respecto a lo que sucede en el resto del sistema educativo donde los momentos de deserción se ubican también en los primeros años de cada nivel. Por supuesto que éste sea un dato conocido no significa que se hallan desarrollado estrategias para modificarlo.

El seguimiento de la cohorte se hace a través de un cuestionario auto-administrado dirigido al universo de los desertores de todas las carreras. Dadas las escasas respuestas obtenidas, este universo se transforma en una muestra que incluye sólo al 22% de los casos que se distribuyen a lo largo de las 24 carreras que ofrece la institución. Dado también el número de casos y la dispersión en la distribución, las conclusiones sólo son valederas para este grupo de alumnos y no constituyen base para predicar

* Directora del Área de Educación de FLACSO.

sobre el universo de desertores. Hecho que se aclara en el texto, al que por lo tanto, no le es imputable ninguna pretensión universitaria.

En cuanto al análisis de datos, el trabajo aporta algunas novedades: por ejemplo, que una proporción alta de los desertores no trabaja. En la mesa anterior se especuló con que la inserción de los jóvenes en el empleo era uno de los motivos de deserción. Pareciera que para el caso argentino o, por lo menos, de la Universidad del Sur, es necesario buscar otras motivaciones porque la incorporación al empleo no alcanza para dar cuenta de las razones del abandono.

El estudio confirma, a su vez, una correlación fuerte entre el nivel socioeconómico y educativo de los padres y la deserción. Asociación que también está presente en el resto de los niveles del sistema y constituye ya una comprobación de sentido común. Es interesante el intento –no del todo logrado– de reconstruir las biografías educativas de los desertores. Es decir, de dónde vienen los desertores y en qué instituciones han realizado sus estudios secundarios.

El cuestionario indaga la dependencia institucional y, si bien en países con sistemas educativos tan segmentados como los nuestros, la dependencia de las escuelas no define totalmente cuál es la calidad del circuito del que provienen los alumnos, sí permite dar algunas pistas. En el texto se señala, por ejemplo, que en

la cohorte del 86 había menos desertores que provenían del bachillerato humanista que de las otras modalidades de escuelas secundarias, lo que estaría mostrando alguna condición de ese bachillerato para evitar o disminuir la deserción en la universidad. En este sentido creo que podría hacer un comentario general sobre el trabajo: los datos plantean muchas preguntas sobre las cuales trabajar en estudios más cualitativos en un futuro; lo notable es que estas preguntas que habilitan los datos no han sido rescatadas en el texto.

Del mismo modo no es problematizado el siguiente dato: el 56% de los desertores declaró que su deserción está asociada a la situación económica, sin embargo este mismo grupo no trabajaba ni trabaja y declara que su sustento provenía y proviene de la ayuda familiar. El dato habilita una serie de preguntas que están ausentes en el texto. ¿Ese 56% que tiene problemas económicos para seguir la universidad y que no trabaja, son desocupados?, ¿son alumnos jóvenes que buscan trabajo y no consiguen?, ¿a qué sector sociocultural pertenecen estos jóvenes?, ¿qué capital cultural o social tienen para competir por un empleo? ¿por qué si siguen sin tener empleo abandonan la universidad que les podría proporcionar una credencial que da mayor protección respecto al desempleo? Todas estas preguntas tiene que ver con reconstruir los perfiles de los desertores desde una perspectiva

más amplia, de modo de incluir condicionantes culturales que tienen fuerte incidencia en la deserción en los otros niveles educativos.

El estudio realiza una comparación entre la cohorte del 86 y la del 91 y comprueba un cambio en la composición socioeconómica de los alumnos ya que los del 91 provienen de un sector social de nivel más alto que los del 86, o sea que hay una acentuación de los procesos selectivos que se asocian al origen del alumnado. En este sentido hubiera sido muy interesante que el trabajo aportara algún cuadro que comparara el origen educativo de los ingresantes con el de los desertores. El cuadro que sí aporta el estudio consigna la dependencia de la institución en que los desertores cursaron la escuela secundaria, pero si no tengo el dato conjunto de los ingresantes no puedo sacar ninguna conclusión respecto de la influencia que puede tener la dependencia escolar en la producción del fenómeno de la deserción.

En cuanto a lo que el estudio llama “causas de la deserción” son, en realidad, las representaciones que tienen los alumnos respecto de las razones de su abandono y no las causas cuya identificación exigiría un análisis de mayor complejidad que el que aquí se presenta. Dichas razones están asociadas a problemáticas institucionales: pérdida de interés, dificultad en el estudio y problemas de la organización de la universidad. Los autores

del texto no hacen esta asignación de responsabilidades a la institución universitaria sino que siguiendo una ya clásica tendencia a la exculpación encuentra en las deficiencias de la escuela secundaria un depositario de responsabilidades que en última instancia deberían ser compartidas.

El último aspecto que querría señalar con respecto a este estudio, en especial y en general respecto a todo el debate universitario, es la restricción economicista de los marcos interpretativos. Fenómenos como el de la deserción resultan de la convergencia de una multiplicidad de elementos que no pueden ser apresados desde una perspectiva tan restringida como es la económica. Son por el contrario las variables socioculturales las que tienen mayores posibilidades de aportar elementos explicativos de un fenómeno en el que los capitales simbólicos de los alumnos y sus familias tienen una fuerte incidencia en su producción.

Cuando hacemos referencia a la necesidad de ampliar los marcos interpretativos no sólo hacemos alusión a la incorporación de una mirada multidisciplinaria sobre los datos sino que señalamos la importancia de una perspectiva que pueda dar cuenta de la complejidad de los fenómenos analizados. En este sentido es importante inscribir los datos en problemáticas más amplias que afectan a los sistemas universitarios. La pregunta sobre la deserción no

sólo tiene que ver con la evaluación de la eficiencia del sistema universitario sino con una pregunta que los argentinos todavía no hemos explicado del todo: cuál es esta caja negra de selección de las universidades y cuál es el método de selección que éstas utilizan. Si uno lee la bibliografía sobre educación universitaria —yo no soy una experta en universidades pero leo algunas cosas sobre eso— en el período del 50 en adelante, y a lo mejor antes también, hay una discusión muy fuerte en abstracto, sobre el tema de quiénes deben ingresar o no a la universidad y con diferentes posiciones respecto de la democratización del nivel.

Si los datos señalan que el 80% de los ingresantes al sistema universitario son desertores es necesario hacerse la pregunta respecto del modelo de selección que están utilizando nuestras casas de estudios para expulsarlos y la relación que este modelo tiene con una constante de nuestra cultura educativa que es la resistencia a formalizar y explicitar los mecanismos de selección. Por supuesto, esto tiene que ver con la dinámica de ascenso social

que caracterizó al país hasta los años 80, en la que la posesión de determinadas credenciales educativas tuvo decisiva injerencia.

Una mirada más compleja en la construcción de los instrumentos y en la interpretación de los datos nos podrían proporcionar información valiosa respecto de cómo se articulan las condiciones institucionales con las condiciones socioculturales del origen de los alumnos para generar la deserción. Por otra parte, el estudio muestra que la deserción en las carreras humanistas, específicamente en los profesorados, es menor que en la carrera de Exactas. Entonces tenemos que pensar que existen o bien criterios de selección diferentes, o bien distintas condiciones institucionales.

En definitiva, estudios como éstos podrían aportar a una explicitación de los sistemas informales de selección social que utilizan nuestras universidades y de cómo éstos se legitiman.

Esta tarea es una deuda académica que tiene la investigación sobre temas universitarios.